

# EL AMIGO CATÓLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

**RELIGION, FAMILIA, PROPIEDAD,**

**DIRECTOR.**

Sr. D. Antonio Soriano Barragan,  
Presbítero.

**CENSOR ECLESIASTICO.**

Dr. D. Manuel Jerez Caballero,  
Canónigo penitenciario.

Se publica todos los juéves en 16 páginas á dos columnas.—Precios de suscripcion 10 reales trimestre; 38 un año.—Redaccion y administracion: Sol, 135.

## SECCION DOCTRINAL.

### Las ciudades y los campos.

Grande y terrible mal es esa tendencia de la civilizacion moderna á centralizar en las ciudades populosas los rios de vida y riqueza, que debieran extenderse á todas las extremidades del cuerpo social; porque así como la acumulacion de la sangre en el individuo produce la apoplegia, la acumulacion de diversos y encontrados elementos en las grandes ciudades produce terribles catástrofes y males sin cuento.

Nada más desconsolador que esas grandes ciudades donde miles de pobres se mueren de hambre entre todos los refinamientos de la gula; donde millares de familias comen el pan regado con lágrimas de sangre entre todas

las magnificencias del lujo; donde tantos hombres ignoran los sencillos rudimentos de la Religion entre los mas necios alardes de soberbia de la razon humana. Las más esplendidas grandezas al lado de las llagas mas asquerosas. ¿No debiera este horrible contraste recordarnos incessantemente la pequeñez humana? ¿No habrá querido Dios castigar nuestra soberbia, mostrándonos le grandeza de nuestra miseria al lado de la pequeñez de nuestras grandezas?

De todas suertes, la actual sociedad cuídase poco de esto, y solo cuando está con el agua al cuello pide á voz en grito salvacion: mas pasados los momentos supremos, vuelve á sus continuadas fiestas y á sus orgias sin fin.

Que la agricultura perezca por falta de brazos; que los habi-

tantes de los campos se mueran de hambre; que la ciudad sea el vientre hidrónico de estos, ¿qué importa? Al fin y al cabo la moderna civilización mucho debe á las grandes ciudades, y ante todo debe procurar su bien.

¡Los campos y las ciudades! Allí el cielo azul, la calma de la naturaleza, las galas de las montañas y de los valles; aquí el ruido ingrato é incesante, la agitación continua, el disfraz de la naturaleza; aquí la mano del hombre, siempre caprichosa y mezquina; allí el poder de Dios. Claro es que á los gustos de la moderna civilización más se adaptan las ciudades que los campos; más bien el ruido incesante y la agitación continua que la calma de la naturaleza y las montañas agrestes y los valles amenos. Por esto no es de extrañar su predilección por las grandes ciudades. Lo mismo sucedía exactamente dentro de la civilización pagana.

Dice un historiador, hablando de la Roma pagana, que en aquella época no existían aldeas y que las campiñas presentaban bien triste aspecto.

En toda Italia no se veían más que ciudades; así el pueblo latino estaba formado por la confederación de las ciudades latinas. Las campiñas, por lo general, no estaban pobladas, porque sus pro-

pietarios eran los habitantes de las ciudades.

Roma, al estender sus dominios, se redujo á conquistar ó fundar ciudades. En España, en las Galias, solo se encontraban ciudades; y á excepcion de los alrededores de estas, estaba cubierto de selvas todo el territorio. Las anchas carreteras de los romanos facilitaban la comunicación de una á otra ciudad; pero esa multitud de senderos que cruza actualmente nuestros territorios era desconocida absolutamente en la antigüedad remota. Nada existía entonces que pudiera compararse con esos caseríos agrupados al rededor de un monasterio; con esas aldeas escondidas en el fondo de un valle; con las hermosas quintas que adornan nuestras campiñas (1). Se colocaba á los legionarios en los campos desiertos, mas estos vendían la tierra y volvían á Roma, donde había termas, espectáculos y donativos. Mejor querían vagar por los teatros ó presenciarse tumultos en el foro que aumentar su patrimonio con el trabajo. Los campos estaban confiados á esclavos encadenados.

Como en nuestros tiempos, toda la vida y toda la riqueza ha-

(1) Guizot, *Historia de la civilización europea*.

llábanse acumuladas en las grandes ciudades. Nada faltaba en estas de lo que constituye la grandeza de las nuestras. Había en Roma palacios de oro y nácar, teatros de marmol, jardines deliciosísimos adornados de estatuas obscenas. El lujo era inmenso. Mujer hubo que se presentó en un banquete llevando encima un valor de cuarenta millones de sextercios; Domiciano gastó doce mil talentos (66 millones) solo en dorar el Capitolio; en cierta ocasión cayó sobre el pueblo en el anfiteatro un rocío perfumado de nardo; en otra, la arena del circo fué rociada con ámbar y oro. Los ricos tenían en sus casas rosas en el invierno, nieve en el verano; estanques que parecían mares; estatuas colosales; perlas preciosísimas.

Como en nuestros tiempos, el comercio estaba floreciente; las vías de comunicación eran anchas y cómodas, y se construían magníficos edificios por todas partes. Solo para lavarse gratuitamente el pueblo romano, tenía ochocientas termas. Lo mismo que ahora, la cultura y la urbanidad eran esquisitas, la magnificencia de los espectáculos indécible, las poesías de los vates laureados inapreciables. Y sin embargo, debajo de tan bellas formas, se ocultaba miseria tan hor-

rible y podredumbre tan asquerosa, que es imposible leer las descripciones de las costumbres de aquellos tiempos sin que el color de la vergüenza encienda las mejillas.

Más de trescientos millares de personas recibían en la ciudad socorro como indigentes, y eran un arma terrible en mano de quien quería comprarlas ó podía amenazarlas con el hambre. Marcio Filipo, al presentar una ley agraria, aseguró que no había en Roma dos mil ciudadanos que poseyesen patrimonio. De aquí la innumerable muchedumbre de pobres que existía en la ciudad. Vivían estos en la fangosa Suburra y en otros sitios peores, amontonados en casas de siete y ocho pisos, sin tener con qué alimentarse más que con los donativos del emperador, con la esportula de los ricos, y con los feos vicios con que comerciaban (1).

No parece sino que estamos haciendo la descripción de las ciudades populosas de nuestros tiempos.

También hoy una gran ciudad es un paraíso de todas las terrenas delicias; ni hay vicio que no se halle allí coronado de rosas, ni deleite que no se ofrezca á los sentidos con todas las tentaciones

(1) Cantú, *Historia universal*, época V.

del lujo. Todo sonrie, todo halaga, todo atrae, los magníficos teatros, el lujo babilónico, los trenes deslumbrantes. Parece que el hombre tiene por único fin embellecer su morada en esta vida para gozar de sus encantos. Suposición absurda que da bien triste idea de la pequeñez del hombre para conseguir esto, si se fija la consideración en la miseria que se oculta debajo de tanta magnificencia. Poco tendrían que envidiarnos los paganos.

Londres, uno de los emporios de la moderna civilización, contaba hace algunos años 72,000 mujeres públicas, y en proporción estaban las demás clases que viven del crimen y de la vagancia. En una sola parroquia de la gran ciudad, había novecientas veintinueve familias que no tenían respectivamente más que un inmundo cuartucho en una bohardilla, seiscientas veintitres estaban reducidas á una sola cama. En White-Chapel y sus inmediaciones había numerosas escuelas de robo. Sobre los doscientos mil criminales en que se ocupaban los tribunales de justicia, una décima parte tenía á niños por autores; cincuenta mil, eran cometidos por individuos de ménos de 20 años. Centenares de familias no habían entrado jamás en iglesia alguna, ni sabían

lo que era Catecismo, ni tenían la menor idea de la cruz. Preguntado un individuo quién era su criador, respondió sin detenerse: «Mi madre.» Otro á quien se le preguntó cuántos Dioses hay: «Siete, contestó, y me batiré con cualquiera de ellos;» y en fin, un tercero afirmó, «que él no había tenido ocasión de conocer á Cristo, porque nunca había trabajado en su mina.»

De Paris, la moderna Babilonia, dice un escritor:

«Cuando he estudiado la mendicidad, la indigencia mentirosa que vive á expensas de la caridad pública, los tribunales, los presos, los malhechores, las prostitutas, después de haber penetrado hasta las profundidades más oscuras del edificio social, he vuelto de ellas, si no desesperado, muy conmovido.

Hay, con efecto, en esos subterráneos del edificio un ejército dispuesto para todo. Su número puede calcularse en 49,000 hombres. No les guía ninguna idea política ningún pensamiento honrado de mejora; se dejan guiar solo por los instintos del mal y de la violencia. La mayor parte son de naturaleza enferma, inteligencia en embrion, ignorancia incalificable, cuerpo gastado, predominio de las pasiones brutales, pereza invencible, indolencia

morbífica; son como un cólera social que estalla bajo el influjo de sucesos excepcionales; pero que fermenta siempre en estado latente.

Esta clase de hombres están constantemente dispuestos á toda acción, con tal que sea mala. En el combate son crueles y desapiadados; brazos temibles si tienen una cabeza perversa y envidiosa que les dirija. Prueba de esto dieron los excesos de la *commune*. Al través del fulgor de los incendios entrevieron entonces una especie de eden grosero... No han olvidado estos días de orgía sangrienta, y al contrario, piensan reconquistar ese paraíso perdido, cuya memoria conservan. El citado escritor termina haciendo tristes pronósticos acerca de París. Según él, todas las grandes ciudades han perecido de muerte violenta, y París sufrirá la ley común; probablemente perecerá de un suicidio.»

Hé aquí las tristes consecuencias que solo pueden evitarse por medio de la enseñanza católica, que infunde en el corazón de los ricos la caridad, y en el de los pobres la resignación.

Mucho fruto se sacará de estas enseñanzas, impidiendo el horrible engrandecimiento de las ciudades á espensas de los campos. Hay en estos algo que le-

vanta el corazón á infinitas alturas, algo que nos acerca á la Divinidad.

En los campos se cree, se siente, se ama. Todo habla allí de Dios; la voz del anciano Sacerdote que nos inculca el cumplimiento de nuestros deberes; la iglesia donde hemos sido engendrados en Jesucristo: el cementerio donde descansan los huesos de nuestros padres; la casa que nos recuerda su santa y dulce memoria; el espectáculo de la naturaleza, ora llena de dulce melancolía, ora llena de vida y grandeza.

En cambio nada hay más ocasionado al olvido de todos los deberes que esas grandes ciudades donde reina una soledad que espanta, la soledad del alma, donde la casa donde hemos nacido no es nuestra casa, ni la iglesia donde hemos sido bautizados es nuestra iglesia; donde no hay risueños campos ni dilatados horizontes que nos hablen de Dios, pero donde en cambio todo halaga la humana soberbia y sus pompas y vanidades. En las grandes ciudades no existen las santas afectaciones de familia, porque se vive en el teatro, en el café, en la plaza pública. En las grandes ciudades no se guardan las tradiciones religiosas, ni los recuerdos de la infancia, ni la memoria de los antepasados: se vive para

el día entre el continuado oleaje de los sucesos que se precipitan, de los espectáculos que embriagan, de las modas que encantan. La novedad es la única reina constantemente adorada: á ella se sacrifica todo, desde los encantos del poder á los encantos del *dolce farniente*. De ella se alimentan los teatros, los periódicos, los salones suntuosos y hasta las miserables bohardillas. Novedad en la literatura, en los vestidos, en los espectáculos; hé aquí el supremo *desideratum* de la sociedad actual. Los sucesos con dos días de fecha son viejos, las modas de quince días ridículas, los dramas representados dos veces carecen de interés. Hay el héroe del día, la novela del día, el suceso *palpitante*; es decir, lo único que cautiva el interés y llama la atención... durante dos días lo más. Y la continua sucesión de novedades no mata el interés de estas: por el contrario, la ciudad, nuevo Sísifo, no apaga jamás la sed que de ellas experimenta.

Ciertamente que todo esto no da de comer á los pobres, ni hace más caritativos á los ricos, ni cura las llagas sociales. De ahí el ejército de pobres, constante peligro de las ciudades populosas. Nada habla á esos infelices de Dios, de religión, de la felicidad

que han de disfrutar en la otra vida los buenos católicos. En los libros que leen, en las predicaciones que escuchan, en el ejemplo de todos los ricos, no ven más que los placeres de la tierra y las miserias de la vida. Y entonces, abrasados por el fuego de todas las concupiscencias, se preguntan á sí propios: ¿Por qué hemos de morirnos de hambre, mientras otros tienen riquezas supérfluas? Consecuencia de estas preguntas son esas revoluciones tan espantosas como la *Commune*.

En los campos, al contrario, todo contribuye á hacer más dulce la suerte del pobre. Un pequeño terreno bien cultivado satisface sus necesidades; las afecciones domésticas son dulce compensación en su rudo trabajo; la sencillez de las costumbres le hace contentarse con poco. Y si llega el momento de abandonar esta vida, no va á morir sobre el duro lecho del hospital; su mujer y sus hijos reciben su último suspiro; el Sacerdote que acaso le bautizó le presta los últimos consuelos de la Religión, y todos los vecinos honrados protegerán la viuda y los huérfanos.

¡Los campos y las ciudades! En la ciudad los apetitos sin freno, la efervescencia de la plaza pública, la soledad en medio del ruido, el cuadro deslumbrador de

todas las grandezas humanas; en el campo, los apetitos enfrenados por la Religión, la tranquilidad del hogar doméstico, el modesto cuadro de la humildad de los hombres y de la grandeza de Dios.

No queremos la muerte de las ciudades; pero sí la del espíritu que las anima, la de la civilización pagana que les da vida. La ciudad debe vivir, si bien subordinada al espíritu cristiano, en el terreno del arte, en el de las costumbres, en todo. Si no es posible á todos vivir en los campos, á todos les es posible vivir con humildad y sencillez.

No ignoramos que hasta los campos se corrompen; pero esta corrupción, como dice un escritor, no es el estado natural de las cosas. Indica que á este mal, que ya no tiene remedio, seguirán esas catástrofes que preceden á la muerte de los pueblos.

Catástrofes, repetimos, que pueden evitarse volviendo al camino de la civilización católica.

Conviene no olvidar que Menfis, Babilonia, Roma y todas las grandes ciudades han perecido devoradas por corrupción inmensa.

*Urbano Ferreiroa.*

## DOCUMENTOS IMPORTANTES.

El ilustre Prelado de Orleans, Mons. Dupanloup, ha recibido de nuestro santísimo Padre Pio IX el siguiente importantísimo Breve, que corona brillantemente los últimos afanes del elocuente Obispo francés en favor de la libertad de enseñanza católica.

*Venerable Hermano, salud y bendición apostólica.*

Aunque repugne á las leyes eternas de la justicia y á la sana razón poner á un mismo nivel lo verdadero y lo falso, y reconocer á uno y otro los mismos derechos, con todo, como la iniquidad de los tiempos ha hecho que el derecho, que por su naturaleza no pertenece mas que á la verdad, haya sido atribuido al error, de manera que se conceda á este la facultad decorada, por cierto bien equivocadamente, con el nombre de libertad, de insinuar y propagar á su capricho por medio de la enseñanza sus engañosas teorías, y reconocemos, venerable Hermano, que ha sido de vuestra parte una conducta tan prudente como oportuna la de haber procurado sacar el antídoto del veneno mismo que ha recibido y lleva en su seno la sociedad civil.

Si las leyes permiten en efecto al primero que llega, exponer los sueños de su espíritu enfermizo, y hasta darlos y defenderlos como

dogmas de la ciencia, no hay seguramente razon alguna para que no deba concederse la misma libertad á la verdad; y nadie hay, por amigo de la mentira y enemigo de la verdad que se le suponga, á menos que haya perdido enteramente el juicio, que pueda desconocer un hecho de tan evidente claridad.

La irresistible fuerza de este argumento se halla además corroborada por vuestras observaciones relativas á la imposibilidad en que se encontraban, con gran detrimento de la ciencia, no pocos espíritus excelentes de presentar y exponer sus pensamientos, como tambien por ese doble hecho experimental de que el nivel de las letras y de los estudios elevados ha descendido por efecto de las trabas puestas á la enseñanza de la verdad, al paso que ha crecido la imprudencia de aquellos por quienes son propagados hasta en cátedras de enseñanza los principios mas subversivos, no solo de la religion, sino tambien de toda sociedad humana. Y si esa licencia de las falsas doctrinas por cuyo medio se alimenta de errores á los pueblos, es un mal que nunca podrá deplorarse lo bastante, puede decirse que ese mal llega á ser absolutamente mortal cuando penetra hasta en la educacion de la adolescencia y de la juventud, porque entonces es la raiz misma de la sociedad la que se corrompe, y no puede dar ya mas que frutos

venenosos, de modo que esta desgraciada sociedad, ya tan enferma y tan tristemente rebajada, se halla empujada hácia una inevitable disolucion.

Os felicitamos porque todas estas consideraciones las hayais presentado con tanta solidez como elocuencia; y la precision y la firmeza de ánimo con que habeis sabido hacerlas valer han sido tales, que ni las ironías, ni las interrupciones mas numerosas y corteses de vuestros adversarios, nada han podido quitar, nada, al órden lógico y á la fuerza de vuestra palabra. El asentimiento tan patente de todos los hombres mas sensatos y de los personajes mas eminentes, con que han sido acogidos y coronados vuestros discursos, á la vez que no es mas que un justo homenaje tributado á la verdad y á la justicia, esperamos que os sirva tambien de poderoso auxilio y os haga obtener definitivamente la victoria para la gran causa de que sois valeroso defensor. Y entre tanto, recibid, venerable Hermano, como prenda del favor divino y de nuestra especial benevolencia, la bendicion apostólica que os enviamos con el mas tierno afecto para vos y para toda vuestra diócesis.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el 19 de julio del año 1875, el trigésimo de nuestro pontificado.

*Pío Papa IX.*



## SECCION DE VARIEDADES.

## El perro filósofo.

Comian en la posada *de los tres pilares*, en Francia, varios amigos, y en la misma mesa estaba tambien un párroco humilde, sencillo y afable con todo el mundo, cual acostumbran ser los párrocos de aldea. Comia el buen sacerdote sin cuidarse de las pullas é indirectas con que los comensales trataban de mortificarle. Contentábase él con sonreír, y solo se interrumpia para dar algun medrugo de pan seco á su fiel perro, que estaba echado á su piés.

Un caballero, que ya frisaba en los cincuenta años, estaba sentado frente al sacerdote, y sonriendo á sus compañeros cortó una pechuga de pollo, y la ofreció con toda urbanidad y finura al sacerdote.

—Vaya, señor Cura de Santa Úrsula, V. no come nada, yo le suplico que acepte mi obsequio.

—Mil gracias, caballero, se lo agradezco sumamente; estoy satisfecho.

—Pero, señor Cura, ¡qué ganas tiene V. de sufrir hambre! acepte sin cumplidos.

—Gracias, gracias; es hoy viernes, y no podemos comer carne.

—¡Cómo! ¿tan atrasado está V.? ¿Por ventura cree que Dios se inquieta de si el hombre come carne ó pescado? Vaya, vaya, los filósofos tenemos formada de la Divini-

dad otra idea mas noble y mas digna. Comemos cuanto queremos, y todo nos aprovecha; Dios solo mira el corazon. Vaya, acepte V. esa pechuga, y déjese de escrúpulos.

El Cura toma la pechuga; llama á su perro; se la da, y queda engullida en un abrir y cerrar los ojos.

—¿Así desprecia V. mi obsequio, señor Cura?

—De ningun modo, caballero, solo que he querido pobrar si mi perro era tambien *filósofo*, y realmente veo que lo es, supuesto que, al igual de vos, el pollo le ha sentado bien, sin cuidarse de si era viernes ú otro dia cualquiera.

Los criados, á la par que los comensales, se rieron estrepitosamente del ingenio del buen Cura; y tres comensales que, á imitacion del *filósofo*, iban á promiscuar, separaron los platos temerosos de ser comparados al perro tambien *filósofo*.

Terminóse la comida sin que nadie pronunciara una sola palabra, y ni un comensal se separó de la mesa hasta que el Cura hubo dado *las gracias*, práctica desusada de nuestros *filósofos*.

Levantados de la mesa, un sujeto de los que presenciaron la escena preguntó al Cura.

—Al oír tanta pulla é indirecta, ¿no se disgustaba V.? ¿No hubiera perdido su serenidad, si hasta los postres se hubiese seguido tanta fanfarronada?

—De ningun modo, caballero;

hace mas de quince años que estoy entre tales *filósofos*.

—¿Es que sus feligreses seguirán las máximas del día?

—De ningun modo: hoy cumplen quince años y dos meses que estoy al frente del Manicomio de Santa Ursula, cuidando locos.

P. V.

### Nuevo milagro en Lourdes.

El Excmo. Sr. D. José de Marcoleta, antiguo diplomático, persona muy ilustrada, de excelente criterio, muy formal y muy veraz, escribió desde Lourdes el 27 de julio último una carta á un pariente suyo, dándole cuenta del hecho prodigioso que presencié en la célebre gruta de Lourdes.

«No tienes una idea, dice, de las gentes de todas clases y condiciones que vienen á este Santuario. Hemos logrado ver un gran milagro. Todavía estoy inmutado y sobrecogido de lo que presencié y presenciaron conmigo mil otras personas el jueves último.

A las cuatro de la tarde nos hallábamos en el balcon de nuestro cuarto, que está sobre la puerta del hotel, y en un cochecito de los que usan los enfermos, conducido y tirado por dos personas, vimos entrar una jóven extendida y echada en él, sostenidas [por almohadas, con semblante muy descolorido, y tan débil, que solo parecia conservar ya la piel y los huesos.

Cinco años hacia que no podia sostenerse sobre sus piés, y dos que únicamente se alimentaba con un poco de caldo por no poder sostener otra cosa su estómago. Al verla, dirigiéndome á Julia, que se hallaba á mi lado, exclamé: *Esa jóven está muerta, ó va espirar*. Media hora despues el cochecito se dirigió á la gruta, donde la jóven, desde el mismo carruaje, rezó una decena del Rosario delante de la Virgen, bebió medio vaso de agua de la fuente milagrosa y empezó á experimentar una convulsion terrible. Los circunstantes creian todos que se hallaba en la agonía é iba á exhalar el último suspiro. Ella, en medio de su agitacion, comenzó á decir: *¡Me ahogo! ¡me ahogo!* A poco, como impelida por una fuerza sobrenatural, se levanta, abandona de un salto el coche, y al verse en tierra, de pié y con fuerzas sobradas para sostenerse, llena de júbilo, exclama: *¡Estoy curada! ¡estoy curada!*

Figúrate lo que ocurriria en la gruta. La jóven, que antes no podia moverse, dió muchos pasos, habiendo recobrado su color y pareciendo enteramente buena. Rodeada de una inmensa multitud, volvió al hotel, pidió comida y comió sopa, carne y varias otras cosas que hacia ya años no toleraba la debilidad de su estómago. Al dia siguiente se hallaba en medio de nosotros alegre y restablecida. Habia cobrado carnes y parecia no haber estado enferma. Volvió por

sus piés al santuario, y en accion de gracias oyó misa y comulgó. Por la tarde se encaminó hácia su casa acompañada de innumerables personas que al despedirla le estrechaban la mano y la fecilitaban con entusiasmo.

Esta jóven habia manifestado muchas veces deseos de venir á Lourdes; pero se lo impedia su médico. Cuando ella le indicó que estaba decidida á emprender el viaje, le dijo el médico: *Lo siento, pues morirá V. en el camino.* ¿Qué habrá dicho su médico al verla volver completamente restablecida?

Centenares de personas hemos sido testigos presenciales del caso y damos fé de él, sin que nadie pueda negarlo.

### SECCION DE NOTICIAS.

En Roma se ha celebraao el centenario de O'Connell, cuyo corazon se conserva en la Iglesia de Santa Agata de los Godos, ó basílica Suburra, cerca del colegio Irlandes. El monumento que lo encierra se compone de una estatua representando una mujer que sostiene una urna; en uno de sus lados yace un arpa (símbolo de Irlanda) y un libro. La mujer contempla á un ángel que se remonta á los cielos. Al otro lado hay la estatua de O'Connell ocupando su lugar en el Parlamento. En el centro se lee la siguiente inscripcion:

«Este monumento contiene el corazon de O'Connell que, al morir en Génova de paso para la Ciudad eterna, legó su alma á Dios, su cuerpo á Irlanda, y su corazon á Roma. Está representado combatiendo en la Cámara de los Comunes la declaracion anti católica, en 1827, pronunciando estas sublimes palabras: *Rechazo esta declaracion porque creo que una parte de ella no es verdadera, y porque sé que es falsa en el resto.* Nació el 6 de agosto de 1776, y murió el 15 de mayo de 1847.

«Erigido por Cárlos Bianconi, fiel amigo del inmortal libertador.»

En una puerta lateral de la iglesia leiase esta inscripcion:

«Ciudadanos de Roma apostólica, vuestros hermanos de Irlanda celebran con patriótica alegría la memoria del feliz nacimiento en 6 de agosto de 1775, de Daniel O'Connell, su magnánimo representante, que supo conquistar, afirmandalos con paciencia, sus derechos religiosos. Entrad en este lugar en donde se guarda casi palpitante su noble corazon, y dad gracias á Maria, que fué su sosten, su fuerza, su consuelo.»

Despues de un solemne Oficio con sermon que pronunció Monseñor Aniviti, uno de los capellanes de Su Santidad, cantóse el *Te Deum* en accion de gracias á Dios por su clemencia con la Irlanda, y terminó la ceremonia con la benediction que dió Mons. Eranchi.

\*  
\*\*\*

De un notable artículo que ha publicado la «Propaganda católica» de Palencia sobre Daniel O'Connell, extractamos el siguiente acabado retrato del libertador de Irlanda:

«Todo el mundo reconocía en él dotes excepcionales de talento y de carácter. Su actividad maravillosa, su constancia inquebrantable, su habilidad sin igual en los negocios públicos le atraía la admiración general. Orador de elocuencia irresistible, ora dominaba las masas con voz de trueno, ora arrancaba en el Parlamento aplausos á sus propios enemigos, ora se hacía admirar de todos sus oyentes excudriñando con admirable sagacidad el intrincado farrago de decretos y ordenanzas relativas á la Irlanda. De carácter franco, sencillo y generoso, estrechaba admirablemente la mano del infeliz campesino y la del encopetado lord. Su amor á la justicia y su caridad acendrada excedían á toda ponderación. Asemajábase en su constancia en sufrir los reveses á la infeliz nación de la que era hijo y padre á un mismo tiempo. Irlanda sufrió durante tres siglos decepciones sin cuento y amarguras inmensas, esperando siempre con fé viva días mejores. Daniel O'Connell sufrió también durante su larga vida frecuentes reveses y amargas decepciones, sin que ni un solo momento dejase de tener fé en el triunfo de su causa. O'Connell era digno hijo de la mártir Irlanda.»

\*  
\*\*\*

Dice un periódico:

«El Cabildo catedral de Sevilla prepara una solemne función para el día que se ofrezcan al culto, restaurados, el cuadro de San Antonio, de Murillo, y el medio punto del mismo altar, cuyos trabajos terminarán este mes.»

\*

\* \*

Por los periódicos de Roma vemos que está causando en ella no pequeña emoción la orden dada por el Gobierno español de vender la iglesia de Santiago, edificada en la capital del orbe cristiano y ricamente dotada por la piedad de nuestros mayores. Cuando todas las naciones tienen particular empeño en conservar en Roma sus iglesias nacionales, los buenos romanos no se atreven á explicar que el Gobierno de la nación católica por excelencia, piense ahora en vender un templo, de no escaso mérito artístico, y que recuerda tantos hechos gloriosos de nuestra historia patria.

Resumen de las materias que contiene este número.

SECCION DOCTRINAL.—*Las ciudades y los campos*, tomado de «El Siglo Futuro.»  
—DOCUMENTOS IMPORTANTES.—*Carta de Su Santidad á Mons. Doupanloup.*  
—VARIEDADES.—*El perro filósofo.*—*Nuevo milagro en Lourdes.*—SECCION DE NOTICIAS.

CÓRDOBA: 1875.

Imprenta de LA ACTIVIDAD,  
Liceo, 41.